

VÍCTOR SOMBRA

La quimera del Hombre Tanque



Poco antes de cumplirse el veinticinco aniversario del desalojo de la plaza de Tiananmen, un grupo de dirigentes chinos organiza un encuentro entre el misterioso manifestante y el comandante que conducía el blindado. Rompiendo con un cuarto de siglo de censura, pretenden escenificar la ansiada reconciliación social con un simb3lico abrazo que ser3 emitido por la televisi3n p3blica, en horario de m3xima audiencia.

Durry, un antih3roe de nuestros tiempos, agente y militante comunista, ser3 el encargado de dirigir la operaci3n, para lo que tendr3 que medirse con un viejo oligarca del Caspio, un miembro del servicio secreto chino y otros inesperados adversarios. Esta acci3n de reescritura audiovisual del Hombre Tanque precipitar3 una vertiginosa sucesi3n de acontecimientos y pondr3 de manifiesto la imposibilidad de separar cualquier evento de su contexto hist3rico, as3 como los fuertes v3nculos entre el ocaso del comunismo y las tensiones pol3ticas y econ3micas actuales, como el auge de la nueva China, la crisis energ3tica, la globalizaci3n de las finanzas y el islamismo rampante.

Índice de contenido

Cubierta

La quimera del Hombre Tanque

Durry

I

II

III

Rana

IV

V

VI

VII

VIII

El abrazo

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

Oil Rocks

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

Sobre el autor

*A Jelly Fish, Arenita y Macarrón.
In memoriam Jake Bilardi.*

Éste es el hilo que sostienes cuando ignoras el paso siguiente.

PEDRO TENA, *Minotauro*

Parado frente a la ventana de un cuarto que daba a un río desaparecido, sobre unas casas grises, un ángel pensaba en los cuerpos de agua que habían sido, oía en la distancia la historia de su niñez perdida. El río corría en el ayer, que es un futuro hacia atrás.

HOMERO ARIDJIS,
«*La última noche del mundo*»

Por lo que fue el sureste de Polonia,
bajo una gran tormenta, entre la nieve,
de los cincuenta niños
las noticias se pierden.
Con los ojos cerrados,
dentro de mí los veo como vagan
de una casa en ruinas
a otra bombardeada.
Y al caer el ocaso, ya sus caras
no parecen iguales.
Ahora veo caras de otros niños:
españoles, franceses, orientales...

BERTOLT BRECHT,
«*La cruzada de los niños*»

DURRY

I

Durry descolgó el teléfono en la oscuridad.

—Dime, Gao Yi.

—Lo tenemos —dijo Gao Yi, y enseguida, antes de que Durry pudiera preguntarle qué tenían, añadió—: Tenemos al Hombre Tanque.

Durry se acercó a la ventana. Sabía quién era el maldito Hombre Tanque, por supuesto, pero no qué quería decir que lo tuvieran, ni quiénes lo tenían. Su mirada recorría el jardín al pie del edificio, como si el Hombre Tanque fuera a aparecer por allí, un cuarto de siglo más tarde, con las bolsas de plástico en la mano, deteniendo siempre la misma mole reluciente de acero y wolframio, pero emergiendo ahora a la luz de las farolas, en la apacible encrucijada entre dos senderos arbolados del parque científico Ideón, en Lund, al sur de Suecia, y no en la confluencia de la avenida de la Paz Eterna con la plaza de Tiananmen.

—Tenemos al Hombre Tanque —repitió Gao Yi, pero Durry permaneció en silencio.

Imaginaba a Gao Yi en su despacho, pegándose las gafas de pasta negra a la cara, andando de un lado a otro, sorteando para ello pilas de libros en distintos idiomas y una maraña de regalos oficiales: cuencos mongoles para la preparación del queso, una reproducción en barro de colores de las mezquitas de Samarcanda, dos o tres cojines tayikos y un asiento otomano. Y en una de las paredes, sobre la puerta, la estampa que le mostró un día como ejemplo de que había un corazón comunista en el budismo: una cabra sobre el lomo de un elefante, y encima de aquella una

serpiente que alcanzaba con sus fauces abiertas la fruta roja del árbol. Ése era el recorrido de Gao Yi mientras duraba la llamada, veinte metros de obstáculos, ida y vuelta alrededor del mundo, mientras él permanecía pegado a la ventana, entre la oscuridad de la habitación del hotel y la del parque que se extendía fuera.

—El Hombre Tanque era un estudiante de la Universidad de Beijing apodado Rana —aseveró Gao Yi—. Salió de China a fines de junio de 1989, apenas una semana después del desalojo de Tiananmen. Lo hizo a través de Karachi, donde perdió todo contacto con otros exiliados. Mientras éstos viajaban a Estados Unidos o Taiwán él se marchó con su compañera a Bakú.

—¿Adónde? —preguntó Durry.

—A Bakú, la capital de Azerbaiyán —contestó Gao Yi.

—Extraño —murmuró Durry—. Entonces Azerbaiyán formaba parte de la Unión Soviética.

—Todo es raro en el Hombre Tanque, pero seguramente por eso ha tardado veinticinco años en salir a flote... —explicó Gao Yi—. En vez de exiliarse en Estados Unidos y vivir cómodamente de su pasado de disidente, se ha mantenido siempre oculto, sin desvelar su identidad, en un país insospechado.

—¿Quién le facilitó esa salida? —preguntó Durry—. No era fácil, y menos para un estudiante chino, entrar en la Unión Soviética en aquella época.

—Un compañero extranjero de la Universidad de Beijing, un tal Adiyev, sobrino segundo de su homónimo, el entonces secretario general del Partido en Azerbaiyán... Adiyev, Adi, le llamaban entonces, le consiguió un visado para salir de China en el 89 y le habría estado protegiendo todos estos años —explicó Gao Yi—. Como sabes, los Adiyev siguieron en el poder tras la caída del muro. El hijo sucedió al padre como en una verdadera dinastía oriental. Nuestro Adi ha jugado un papel clave en el desarrollo de la

industria local del petróleo, aunque parece que ahora ha caído en desgracia...

—Lástima... —musitó Durry, mirando el reloj al tiempo que cruzaba el cuarto a oscuras para acercarse a la puerta.

Se sentía enfrentado de nuevo al discurso imprevisible de su viejo amigo; incapaz, como siempre, de determinar cómo seleccionaba la información que transmitía, que una y otra vez le adentraba en un espacio desconocido y no deseado.

—Esa falta de protección es la que ahora nos permite llegar hasta él —continuó Gao Yi—. El Hombre Tanque ha llevado durante estos veinticinco años la intendencia de una vieja plataforma petrolífera, pero desde hace unos meses se ha instalado en Bakú y está a cargo de una discoteca infame propiedad de su protector. Un nido de prostitución y delincuencia. La verdad es que con el tiempo se ha convertido en un personaje estrafalario: bigote, botas camperas y sombrero mexicano.

—No parece el comportamiento de un fugitivo —saltó Durry, y enseguida reconoció el tipo de pausa, acolchada con una especie de ronroneo, que empleaba Gao Yi antes de volver a la carga con un análisis exhaustivo.

Trató de decir algo, echarse atrás, pero era demasiado tarde.

—Quizá sí lo sea —afirmó Gao Yi—. Lo he estado pensando, y puede tratarse de la combinación de dos estrategias. La primera consiste en ocultar algo en el lugar más aparente que, por serlo, escapa a todo escrutinio. Se recibe al policía que investiga el robo de un diamante, se le invita a beber de la jarra de agua en cuyo fondo reposa la piedra. La segunda estrategia se apoya en otro vicio de la percepción social, el colgar etiquetas, preferentemente una por persona. En el colegio hice un esfuerzo para que no me colgaran la etiqueta del feo de la clase y recibir en cambio la del raro. Lunático, sabio despistado; una vez que conseguí esta apelación no había ya forma de colocarme la otra.

Lo mismo con Rana. Si es el estafalario chino mexicano no puede ser el luchador por la libertad de Tiananmen... Su cupo de atención social está cubierto. Es una cuestión de economía y sostenibilidad del trato, de viabilidad de las conversaciones. Ahí se oculta Rana.

—Es posible —respondió Durry—, pero en el fondo todo eso es secundario, Gao Yi. Antes hay algo que aclarar... Lo que me cuentas es lo que sucedió después, pero yo empezaría por fijarme en lo que pasó antes del encuentro con el tanque. Lo que medio mundo se ha preguntado desde que en junio de 1989 encendieron el televisor y vieron a un transeúnte plantarse ante los tanques. Éstos no vieron a un mexicano, ¿verdad? Ni tampoco a un camarero azerí rodeado de putas.

Y esta vez Durry se propuso no dejar a Gao Yi respirar, ni tantear un sendero amable para su respuesta.

—¿Por qué se puso frente a la columna de tanques y la detuvo una y otra vez? —le espetó. Y de nuevo sin darle tiempo, añadió—: ¿Qué llevaba en las bolsas? —Y enseguida—: ¿Por qué se subió al tanque que iba en cabeza y desoyó todas las indicaciones de alejarse?

Gao Yi tardó en contestar.

—Todo eso no lo sé —repuso finalmente—. Y en el fondo no me parece primordial. Para empezar, en 1989, con la plaza recién desalojada y el Ejército disparando sobre la muchedumbre, sobaban los motivos para enfrentarse a los tanques, ¿no te parece?

—No —repuso Durry—, no me parece suficiente. Necesitas confirmar las circunstancias, Gao Yi. Si no, más bien pensaré que vuestro Hombre Tanque es un impostor. Y eso que aún no sé lo que quieres de él. ¿Qué hacía el cuatro de junio en la avenida de la Paz Eterna?

—El cinco, Durry —repuso Gao Yi.

—El cuatro, la mañana que sigue al desalojo.

—No —contestó Gao Yi—. La columna de tanques está abandonando Tiananmen. Es un día y medio después del

desalojo. La mañana del cinco de junio.

—No discutiré con el yerno de uno de los generales que mandaba los tanques —contestó Durry—. El cinco entonces, Gao Yi... ¿Qué hacía allí?

—Ya te he dicho que no lo sé, Durry.

—¿Qué sabemos entonces, Gao Yi, qué sabemos? ¿Por qué vosotros, quienesquiera que seáis, pensáis que este camarero proxeneta, chino mexicano, o lo que sea, es el Hombre Tanque?

—En estos años el Ministerio de Seguridad ha interceptado varias conversaciones entre disidentes de Tiananmen, la mayoría residentes en Estados Unidos. En varias ocasiones se preguntan unos a otros por Rana y dos veces señalan que él podría ser el Hombre Tanque.

—¿Por qué? —preguntó Durry.

—Rana desapareció con su novia justo antes del desalojo. —Respondió Gao Yi—. La noche del tres de junio. Sus antiguos compañeros piensan que salieron a recoger unas bolsas que habían dejado en la Universidad. Ésas serían las bolsas que aparecen en el famoso vídeo. Al parecer Rana tenía el encargo de llevarlas a la plaza. Los compañeros de exilio no lo vuelven a ver, salvo uno de ellos que dijo que él y su mujer, Yu Binbin, estaban en el aeropuerto de Karachi alrededor del diez de junio.

—Las bolsas, los rumores, la mujer, el aeropuerto, no es suficiente —aseveró Durry.

—Está también su propio testimonio, Durry —dijo Gao Yi—. Desde que, hace tres meses, murió su mujer, Rana ha empezado a cantar.

—¿Qué dice exactamente? —exigió Durry—. ¿A quién?

Y pegó el oído a la puerta para escuchar mejor los pasos que sonaban en el pasillo. Faldas. Una camarera, sin duda. Pasos de dos camareras que se alejaban, compartiendo una risa cada vez más apagada.

—Rana envió hace un par de meses un correo electrónico a un primo suyo que vive en Hunan. Había visto por in-

ternet que acababa de abrir un restaurante y le felicitaba por ello. Ese mensaje a su familia era el primero desde que salió de China y recibió una calurosa respuesta por parte de su primo, que le invitó a visitarle durante el Año Nuevo. Rana le respondió de inmediato, diciendo que no podía volver a China, ni ahora ni nunca, porque él era el Hombre Tanque. Allí se cortó la comunicación. El primo alertó al Ministerio de Seguridad. Enviaron a un agente que se hizo pasar por un cliente chino en viaje de negocios a Bakú, hace un mes. Estuvo bebiendo con Rana en su discoteca y al final de la velada, después de cerrar, Rana le confesó entre sollozos quién era.

Durry rompió a reír.

—¡Te veo venir, Gao Yi! —exclamó—. Esto ya lo has hecho en el pasado. Quieres que salve al Hombre Tanque. Peor aún, estás tratando de anticiparte a la posibilidad de que sea yo quien reciba el encargo de ejecutarlo.

—No es eso —dijo Gao Yi.

—No debes preocuparte —contestó Durry—. A estas alturas el Ministerio de Seguridad no quiere venganza, sino silencio. Que Tiananmen siga en el olvido... Si te fijas hace años que no persiguen a los disidentes exiliados de esa época. Muchos de ellos no han dejado de dar conferencias y escribir libros sobre el tema. Bastará con convencer al tal Rana de que mantenga la boca cerrada cuando trate con ciudadanos chinos. No creo que quieran acabar con él.

—No es eso —repitió Gao Yi.

—Además, en su cuchitril azerí, vestido de mexicano, el Hombre Tanque no da el perfil de un opositor potencial —aseguró Durry—. Más bien abonará el punto de vista de las autoridades de que los manifestantes eran excéntricos, delincuentes o perturbados.

Gao Yi elevó la voz.

—No queremos ocultarlo, Durry, al revés —dijo, y preguntó—: ¿Sabes qué pasa el mes que viene? —Y ante el silencio de Durry, añadió—: En junio se cumplen veinticinco

años del desalojo de la plaza —contest3 Gao Yi—. El cuatro de junio de 2014 queremos poner a Rana delante de las c3maras de la televisi3n nacional, en horario de m3xima audiencia. Hemos hablado con el teniente que mandaba el primer tanque de la columna. Est3 reci3n jubilado. Queremos que el Hombre Tanque y el tanquista se den un abrazo ante la mirada de China y del mundo. Queremos pasar p3gina.

—Es una broma —dijo Durry.

—No. Est3 claro que en junio de 1989 el sol se puso en Tiananmen —aclar3 Gao Yi—. Ya es hora de que vuelva a salir.

—¿Qui3nes sois vosotros, Gao Yi, que pod3is hacer ponerse y salir el sol a vuestro antojo? —pregunt3 Durry—. No, mejor d3jame responder a m3. Cuatro corazones delicados. Principescos, eso s3. Cachorros nost3lgicos del viejo secretario general del Partido... ¿C3mo se llamaba ese pusil3nime? —pregunt3 Durry, y se volvi3 a contestar a s3 mismo—. Zhao Ziyang. Tres cuadros que el PCCh mantiene por motivos decorativos. Entre ellos destacas t3, el seńor China Verde, con tu flamante puesto de viceministro de Medio Ambiente y tus contactos en el Partido, heredados de tu sanguinario suegro. Eres uno de los m3s vistosos para Occidente, pero no te equivoques. Eres s3lo un jarr3n decorativo, no parte del mobiliario. Tiananmen es demasiado importante para dejarlo en vuestras manos...

Durry se detuvo al volver a o3r pasos.

—Escucha, Durry —dijo Gao Yi—. Grita lo que quieras, pero vamos a ir a hablar con el presidente. Li Jinping nos tiene que o3r. Tenemos que dar paso a la reconciliaci3n. Admitir que las protestas no fueron violentas. Que no fueron una rebeli3n contrarrevolucionaria...

—Bonitas palabras, Gao Yi —repuso Durry—, pero ni uno solo de los estudiantes aplastados por los tanques o muertos a balazos volver3 a la vida. No lo har3n los soldados linchados sobre las aceras o abrasados dentro de sus

vehículos. —Y añadió, bajando la voz, tratando de vocalizar despacio—: No cuentas conmigo.

—Los comunistas queremos reivindicar Tiananmen —respondió Gao Yi—. El silencio actual lo deja en manos de Occidente y de la presentación maniquea de la batalla entre la libertad occidental y la tiranía roja, pero tú sabes que no fue así. Tú estuviste allí, estuvimos juntos allí varias noches... Había cuadros y dirigentes del PCCh, había obreros, funcionarios, personal sanitario, profesores. Hasta militares...

—Me llamas desde más de seis mil kilómetros de distancia para decirme lo que sucedió en esa plaza una noche de hace veinticinco años —se quejó Durry en voz baja—. Quieres montar una ópera para dar voz a lo que pensáis cuatro exquisitos. Déjalo. No tenéis ninguna posibilidad. En todo caso, no me impliques.

—Quiero sólo que pienses en todo esto —contestó Gao Yi—. Creo que tu colaboración tendría ventajas importantes para ti. Tienes problemas con tus empleadores, con el Ministerio de Seguridad, con Canje... Te hace falta un anclaje más que nunca, Durry, y Li Jinping es el mejor. No hay otro más alto, ni más fuerte.

—Una ópera, Gao Yi, inaccesible para mis gustos simples —dijo Durry antes de colgar y fijar la mirada en la puerta, sobre cuya superficie alguien pasaba suavemente la palma de la mano.

Durry abrió la puerta a una mujer rubia de mediana edad, esbelta y pálida, que, sin decir palabra, le entregó un documento, entró y apoyó su bolso en la cabecera de la cama. Luego se quitó el vestido y la ropa interior, y se metió en la cama para volver sus ojos azules, muy abiertos, al rostro grande del hombre que dormía plácidamente a su lado.

Durry comprobó que las cuatro páginas del documento estaban firmadas. Lo dejó sobre la mesa del despacho y apagó la luz del flexo. Luego salió despacio de la habita-